

San Agustín¹, cuando habla de la obligación que tiene todo cristiano de practicar la humildad, no teme afirmar que esta virtud es esencial y la más importante de todas. “Si me preguntáis –dice– cuál es lo más necesario en la religión cristiana, os responderé que la humildad; y si cien veces me volvéis a preguntar, otras tantas os daría la misma respuesta. Si queréis saber, además, quién me parece el mejor de los hombres, os responderé que el más humilde.”²

San Cipriano, en un sermón sobre el nacimiento de Jesucristo, dice: “El primer paso que hay que dar en la práctica de la virtud, el primero que dio nuestro divino Salvador al llegar a este mundo, es humillarse; pues la base de la santidad es indefectiblemente la humildad.”

“El edificio de la perfección³ –dice nuevamente san Agustín– no puede tener otro cimiento que la humildad, y su profundidad debe estar en relación con la altura del edificio que se quiere levantar.”

Lo mismo nos enseña san Juan Crisóstomo⁴ con estas palabras: “Si tus limosnas, oraciones, mortificaciones y demás obras buenas no tienen como base la humildad, es inútil tu esfuerzo: toda tu obra se desmoronará.”

San Gregorio expone la misma doctrina con otras palabras: “Aquel que se afana en acumular muchas virtudes sin humildad, se parece al que recoge polvo y lo arroja al viento: en el acto se dispersa.”⁵

La convicción de estas verdades llevó al Padre Champagnat a sentir especial estima por la humildad; y también a cifrar en esa virtud el carácter distintivo del Instituto.

Desde el momento en que decidió entregarse totalmente a Dios, examinó su vida para conocer sus defectos, y se propuso combatir predominantemente el orgullo, considerándolo, con razón, como el mayor enemigo de la virtud y el mayor obstáculo en el camino de la perfección. Durante muchos años llevó su examen particular sobre este punto y compuso una oración, que rezaba diariamente, para pedir a Nuestro Señor la humildad por intercesión de la Santísima Virgen y sus santos patronos⁶. Eligió el *Libro de oro*⁷ y el *Desprecio de sí mismo*⁸ para lectura espiritual. Ambas obras eran sus libros de cabecera: los leyó y meditó toda su vida.

Tenía tan bajo concepto de sí mismo que los actos de humildad apenas le costaban nada. Vivía y actuaba entre los Hermanos como el servidor de todos; compartía sus trabajos y se reservaba siempre lo más difícil y desagradable. ¡Cuántas veces lo hemos visto transportado argamasa, sacar estiércol de la cuadra, bajar al pozo negro para limpiarlo! Cuando había que hacer algo difícil, era el primero en prestarse para ello; y estaban tan acostumbrados a verlo actuar así, que ya a casi todos les parecía lo más natural.

Terminaba un retiro en Belley. Los demás Padres le pidieron que les dirigiese unas palabras de edificación. Se resistió cuanto pudo, pretextando ineptitud. Finalmente se vio obligado a ceder a sus instancias y, con gran satisfacción de todos, les habló unos minutos. Extrañado y confuso de la atención que le prestaban, se interrumpe de pronto y se retira, diciendo: “Estoy abusando de su paciencia y haciéndoles perder el tiempo; ustedes saben y practican todo esto mejor que yo.”⁹

En otra ocasión, al volver del retiro con los mismos Padres, algunos de los cuales se disponían a marchar para las misiones extranjeras, tomó sus bolsos de viaje diciéndoles: “Déjenme llevarlos, así al menos participaré un poco del bien que van a realizar.” Y

al ver que se resistían, añadió: “Déjenmelos; yo soy un campesino¹⁰ acostumbrado a trabajos pesados.” Y diciendo esto, se los echó al hombro y los llevó largo trecho con gran satisfacción.

* * *

Ni el éxito del Instituto, ni el fruto abundante que conseguían sus Hermanos de los que todo el mundo se hacía lenguas, consiguieron alterar la baja consideración que de sí tenía. “La fundación del Instituto y su desarrollo –repetía continuamente– son obra de Dios y no nuestra. Él es quien lo ha hecho todo. A la protección de María debemos tanta bendición y éxito. Por nuestra parte, sólo valemos para estropear la obra de Dios; por eso hemos de orar continuamente para que no deje de favorecer a nuestra comunidad a pesar de nuestros defectos.”

En cierta ocasión en que viajaba con dos o tres Hermanos, un sacerdote que iba en el mismo coche, impresionado por la modestia de los Hermanos, le preguntó de qué clase de religiosos se trataba.

– Son –le respondió el Padre Champagnat– unos Hermanos que se dedican a dar clase a los niños de los pueblos.

– ¿Cómo se llaman?

– Se llaman Hermanitos de María.

– Y ¿quién los ha fundado?

– No se sabe a ciencia cierta –respondió un tanto confuso el Padre Champagnat–. Se han reunido unos cuantos jóvenes, se han trazado un reglamento acorde con el objetivo que se habían propuesto, un coadjutor se ha ocupado de ellos y Dios ha bendecido y hecho prosperar su comunidad por encima de toda previsión humana.”

Pronunció estas breves palabras con toda sencillez y cambió de conversación. Alguien le dijo un día:

– Padre, algunos hacen correr el rumor de que al comienzo del Instituto ocurrieron cosas maravillosas¹¹.

– Pues ese rumor –repuso el Padre– tiene posiblemente más fundamento de lo que cree: ¿qué mayor milagro, por ejemplo, que el que Dios se haya servido de personas semejantes para iniciar esta obra? A mi parecer éste es el prodigio que demuestra claramente que esta comunidad es obra suya. Dios se ha valido de hombres sin virtud, sin talento, desprovistos de toda ayuda humana; ha querido valerse de la misma miseria humana para fundar esta congregación, para que fuesen sólo suyos el honor y la gloria y nadie pudiera dudar de que él lo ha hecho todo entre nosotros.”

Tales sentimientos de humildad fueron una constante en su vida y aumentaron con los años. Esto le hacía exclamar, poco antes de morir, cuando le hablaban del trastorno que su muerte iba a causar al Instituto: “Yo sobro ya en el mundo; más aún, tengo la firme convicción de que soy sólo un estorbo¹² para el bien; la comunidad irá mejor después de mi muerte que durante mi vida.”

* * *

Nos queda ahora dar a conocer lo que hizo para infundir esta virtud en los Hermanos y hacérsela amar.

Al fundar el Instituto, el Padre champagnat se propuso un doble objetivo: instruir cristianamente a los niños pobres del campo y honrar a María imitando sus virtudes y extendiendo su devoción. Ahora bien, como la Santísima Virgen se distinguió en la perfección de todas las virtudes, pero de modo especial en la humildad, y, teniendo en

cuenta que la tarea de maestro es ya de por sí una ocupación humilde, quiso que la humildad, sencillez y modestia constituyesen el carácter distintivo del nuevo Instituto. Y para que los Hermanos captasen perfectamente su idea, les dio el nombre de *Hermanitos de María*, para que el mismo nombre les recordase continuamente lo que deben ser. Este diminutivo, *Hermanito*¹³, que a algunos les molesta, que es un enigma para quien desconozca el espíritu de la congregación, que a otros les resulta superfluo e inútil, no se les ha dado a los Hermanos porque sí, sin motivo. En el pensamiento del piadoso Fundador¹⁴, esta palabra debe recordarles que el espíritu de su vocación es de humildad; que deben llevar vida humilde, oculta y desconocida ante el mundo¹⁵; que la humildad debe ser su virtud predilecta, y que por la práctica diaria de la humildad trabajarán eficazmente en su propia santificación y en la de los niños.

La palabra *Hermanito* es, en cierto modo, el sello y troquel del Instituto; el espejo que refleja constantemente el espíritu del piadoso Fundador y en el que cada Hermano pueda ver lo que debe ser.

Después de haber dado a conocer a los Hermanos, incluso a través del nombre, el espíritu que debe animarlos, se esforzó continuamente en formarlos en la humildad y sencillez. Al recibirlos en el noviciado, la primera lección que les daba era sobre la humildad, exhortándoles a esforzarse en la adquisición de dicha virtud como fundamento de todas las demás. El primer libro que les entregaba era el *Libro de oro o Tratado sobre la humildad*. Todos debían leerlo y meditarlo cuidadosamente, para imbuirse profundamente de los sentimientos y de la virtud que esta obra pretende infundir en la mente y corazón del lector. Por esto mismo, acostumbraba a los postulantes y Hermanos al trabajo manual, los formaba en el cuidado de la casa y quería que la pobreza resplandeciera siempre en los vestidos y alojamiento, pues la pobreza y la humildad deben ser, para el auténtico religioso, dos amigas inseparables.

El defecto que más se esforzaba en eliminar de los postulantes y Hermanos jóvenes, era el orgullo, porque lo consideraba como el enemigo número uno de la humildad, el más opuesto al espíritu del Instituto. Lo desenmascaraba bajo cualquier apariencia lo combatía donde lo descubría. Por eso no cesaba de probar a aquellos en los que notaba vanidad o suficiencia, ya reprendiéndolos públicamente, ya ocupándolos en los empleos más bajos, o retirándolos de la enseñanza cuando comprobaba que la ciencia los engrería, o limitando sus estudios a las materias indispensables.

Un día oyó a un Hermano usar términos demasiado elevados en la catequesis; lo mandó llamar, después de clase, y le dijo: “Me ha causado pena la ridícula presunción que ha mostrado en sus instrucciones. ¿Por qué no utiliza palabras más comprensibles para expresar lo que quiere decir?”

¿Qué significan para sus alumnos las palabras *Sión celestial*? ¿No le habrían entendido mejor diciendo, sencillamente, *el cielo* o *el paraíso*? Si tuviera el espíritu de su estado, si fuera humilde y sencillo, en lugar de dejarse llevar por la vanidad, en vez de emplear frases rebuscadas, hablaría más sencillamente para hacerse entender de los niños más pequeños y atrasados.”

A otro Hermano que, al escribirle, utilizó términos rebuscados, le respondió: “Hermano, no entiendo su carta: venga a explicármela.” Al llegar, le reprendió severamente, terminando con estas palabras: “Los auténticos Hermanitos de María se afanan en imitar a su divina Madre y asimilar su espíritu. Para ello se mantienen sencillos y modestos; y, al hablar o escribir, utilizan las expresiones más corrientes. Al contrario, quienes, como usted, pierden el tiempo en componer frases rebuscadas para hacerse pasar por sabios –cuando en realidad nada saben– no poseen el espíritu de la Santísima Virgen, ni el del Instituto. No vuelva a incurrir en semejante falta, pues la próxima vez le costará algo más que una simple reprensión.” El Hermano prometió no reincidir y cumplió su palabra.

El Padre Champagnat sentía repugnancia de los halagos. Tan conocido era esto de todos que se decía que bastaba con halagarlo para hacerle huir. Una de sus máximas favoritas era que no había que alabar a nadie en vida; y en plan más familiar, que sólo tenía confianza en las reliquias de los santos ya fallecidos. “Las alabanzas –decía– pueden causar a los jóvenes un daño irreparable. Mientras ignoran las propias virtudes y cualidades, las conservan; pero si se las ponderáis con alabanzas, exageradas, se aprovecha el demonio del orgullo para arrebatarnos ese tesoro.”

En una ocasión, visitaba en compañía del Hermano Director al alcalde de cierto municipio. El alcalde hizo los más encendidos elogios del modo de llevar la clase, de la valía y entrega de dicho Hermano. Al salir, el buen Padre dijo al Hermano: “¿Verdad que las alabanzas que me han hecho de usted le han dejado muy satisfecho? Pues todo eso es humo. Mucho me temo que lo aturden y trastornen. Se lo digo con toda franqueza, porque lo quiero y porque me dio la impresión de que esos elogios lo han halagado. Le advierto que si hace caso de tales fruslerías, está usted perdido.”

El piadoso Fundador no iba descaminado. El Hermano, engrdeído por su talento y aciertos, perdió la piedad, el espíritu de su estado y acabó por abandonar la vocación.

* * *

Para combatir el orgullo y adquirir auténtica humildad, el Padre Champagnat proponía los cuatro medios siguientes:

1.º *Conocerse a sí mismo.* “Cuando el demonio –decía– os sugiere sentimientos de vanidad, y os pone ante los ojos vuestras aptitudes, dad la vuelta a la moneda; considerad vuestros defectos y el mal que habéis hecho. O bien, bajad al abismo de vuestra nada y ved qué sois ante Dios y qué sois por vosotros mismos. Si sois objetivos, veréis dos cosas: que no hay en vosotros demasiado bien, y aun el poco que hay es obra de Dios; y en segundo lugar, que estáis llenos de vicios, malas inclinaciones y defectos; que no existe crimen por enorme que sea, que no seáis capaces de cometer y al que no os pueda arrastrar vuestra naturaleza corrompida. Y que si no habéis caído en graves desórdenes, se lo debéis a la misericordia de Dios, según la expresión de san Agustín¹⁶: No hay pecado cometido por un hombre, que otro no sea capaz de cometer, si el que ha creado al hombre le deja de su mano.”

2.º *Meditar a menudo sobre las ventajas de la humildad y los males que acarrea el orgullo.* En cierta ocasión, al aconsejar la lectura del libro que hemos mencionado más arriba, el Padre Champagnat preguntó por qué a este libro se le llamaba *Libro de oro*, y respondió él mismo: “Porque la humildad –de la que el libro trata– es, entre todas las virtudes, como el oro entre los metales. El oro, como sabemos, es el más precioso de los metales; el más raro y codiciado. Cuando se quiere hacer un elogio especial de alguien o de algo, se dice simplemente: “Es oro molido”, que quiere decir que no sólo es bueno, sino buenísimo, perfecto. Lo mismo pasa con el religioso que posee humildad profunda: podemos decir de él que es “oro de ley”, pues todas sus virtudes son auténticas, sólidas y robustas.

La humildad es un bálsamo que conserva las virtudes. El orgullo es un veneno que las corrompe y echa a perder; vicia las acciones y obras buenas, antes de realizarlas, mientras se realizan, y después de terminadas.

En una persona dominada por el orgullo, las mejores acciones pierden su brillo y su mérito y se convierten en barro. El orgullo es como una gotera que cae sobre la viga maestra; pronto la pudre, hace caer la techumbre y con ella todo el edificio.

No sucede con el orgullo como con los demás vicios, que normalmente sólo se oponen a una virtud. El orgullo se opone a todas y a todas la destruye. Resulta imposible la práctica de la virtud a quien se deja dominar por este vicio nefasto. Efectivamente: ser piadoso, tratar a menudo con Dios en la oración, frecuentar los sacramentos con prove-

cho y no ser humilde es imposible. Obedecer, ponerse en manos del Superior, ser indiferente a lugares y empleos y no ser humilde, es algo imposible. Ser caritativo, vivir en paz con los Hermanos, aceptar los propios defectos, ceder cuando la ocasión lo pide y no ser humilde, es algo que nunca veréis. Quitad la humildad, y se vendrán abajo todas las virtudes.

Por algo nos dice Nuestro Señor: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*¹⁷. Por algo nos ha dado ejemplos tan conmovedores de humildad¹⁸: sabía que tal virtud nos es absolutamente necesaria, conocía el mal que el orgullo puede causarnos. ¡Es absurdo ver un hombre orgulloso ante un Dios tan profundamente humillado!”

3.º *Esforzarse en practicar la obediencia y la caridad*. Las faltas más corrientes –también las más peligrosas– en que nos hace caer el orgullo son: murmuraciones, réplicas, recibir las órdenes del Superior con frialdad e indiferencia, realizar a regañadientes, con desgana y caprichosamente lo mandado, resistirse incluso a obedecer, vanagloriarse, querer dominar siempre, ser desconsiderado con los Hermanos y sentir antipatía por los que no nos caen bien.

Ahora bien, la obediencia y la caridad nos ayudan a evitar todas esas faltas. Por lo demás, cualquier acto de obediencia o de caridad, es al mismo tiempo actos de humildad. Por lo que decía el Padre Champagnat: “No hay medio más eficaz de combatir el orgullo que la práctica de esas dos virtudes. Imaginar una casa en la que todos los Hermanos se dejaran guiar como niños, siguieran las orientaciones que reciben, se respetaran y aceptaran mutuamente; en fin, donde todos se quisieran –ya que la caridad lo abarca todo–: nunca se produciría en ella la menor discordia, la unión sería perfecta; esa comunidad parecería un cielo.

Al contrario, allí donde viven individuos orgullosos, la casa se convertirá en un infierno; porque el orgullo engendra insubordinación, altercados, desorden y división entre los Hermanos. ¡Qué abominable es el orgullo! No me extraña que Dios resista al soberbio y que reserve toda su predilección para los humildes.”¹⁹

4.º *Guardar modestia siempre y en todo*. “Es característica de los orgullosos –añadía el buen Padre– aparentar, exhibir los propios talentos y aptitudes, buscar la fama, la lisonja, la adulación y hacer el bien con ostentación. Lo peculiar de la modestia es ocultarse. Quien posee esta virtud vive en comunidad sin llamar la atención; es sencillo en su porte y modales, en sus palabras y acciones. Si tienen talento, no lo va pregonando, no es autosuficiente, ni jactancioso, ni altanero, ni nada que pueda ofender la modestia. Busca sólo la gloria de Dios, hace el bien sin ruido y no pretende aplausos ni dar que hablar.

Conozco a un Hermano que puede ser modelo para los demás. Excelente religioso, dotado de un talento excepcional y gran cultura, se dedicaba a enseñar a los párvulos. Sin embargo, era el titular de la escuela ante el Ayuntamiento. Él preparaba los modelos de caligrafía y era el secretario de la casa. Pero tenía tal modestia y humildad, que realizó esas tareas durante varios años sin que nadie del público, ni siquiera entre los niños, llegara a sospecharlo. La gente atribuía al Hermano Director el título profesional, los modelos caligráficos y todo lo que llamaba la atención de los niños y estimaban los padres.

Por otra parte, el profesor de párvulos nunca dijo una palabra que pudiera dar a entender la parte que le correspondía en el éxito de la escuela; al contrario, ocultaba tan celosamente sus aptitudes y lo que hacía en pro de la escuela, que en la parroquia llegó a creerse que aquel Hermano no sabía escribir. El buen espíritu, la modestia y humildad de aquel Hermano de María son admirables y están por encima de toda ponderación. De ese modo deben actuar todos los miembros del Instituto. Hombres así son un tesoro para la comunidad y fuente de bendición para las casas que tienen la dicha de contar con ellos.”

Digamos, finalmente, que el Padre Champagnat no se conformaba con que los Hermanos practicasen individualmente la humildad. Quería, además, que consideraran al Instituto como el último y más pequeño de la Iglesia. Él mismo se hallaba tan imbuido de esos sentimientos que a menudo aconsejó a los candidatos que se le presentaban que acudieran a otra congregación, especialmente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. “Allí –les decía– hallaréis todo mejor estructurado y una regularidad perfecta; emplearéis mejor vuestras aptitudes y podréis hacer mayor bien.”

Un día, el señor Douillet, director del seminario menor de La Côte-Saint-André, le presentó a un muchacho e hizo de él grandes elogios. Le preguntó el buen Padre: “¿Por qué no va a los Hermanos de las Escuelas Cristianas? Creo que es la congregación que mejor le conviene; yo, en su lugar, no lo dudaría.”

A menudo recomendaba a los Hermanos que tuvieran sentimientos de profundo aprecio para con los miembros de otras congregaciones y que les prestasen cuantos servicios estuvieran en su mano. “Guardaos –decía– de envidiar a nadie, y menos aún a quienes Dios ha llamado al estado religioso a trabajar, como vosotros, en la instrucción cristiana de la juventud. Sed los primeros en alegraros de sus éxitos y apenaros por sus fracasos. Jamás prestéis oídos a los dichos que pudieran perjudicarlos; y tenedlos en gran estima.”²⁰

El piadoso Fundador ajustó siempre su conducta a estos sabios principios. Las autoridades de varios municipios le instaron muchas veces a que les concediera Hermanos para sustituir a los de las Escuelas Cristianas, con el pretexto de que éstos, al no aceptar retribuciones mensuales, resultaban excesivamente onerosos para los Ayuntamientos. Él rechazó siempre con energía tales propuestas, asegurando que jamás se iba a prestar a semejante maniobra. “No estamos –hacia observar a los Hermanos– para reemplazar a los discípulos del venerable señor de La Salle. Nunca seríamos capaces de ello; hemos sido fundados para suplirlos, para hacer lo que ellos no pueden, y por eso vamos a los pueblos pequeños, donde, normalmente, según sus Constituciones, ellos no pueden establecerse. Esos excelentes religiosos son nuestros modelos: nunca podremos hacerlo tan bien como ellos lo hacen; pero, si no somos capaces de alcanzarlos, hemos de esforzarnos por seguirlos de lejos y convencernos de que cuanto más nos acerquemos, mejor lo haremos.”



¹ “Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo” (SAN AGUSTÍN, Cartas, 118, a Dióscoro, 22. BAC 69, 864).

² PPC, parte segunda, tratado III, cap. 2.

³ SAN AGUSTÍN, Sermón 69, 2. BAC 53, 538.

⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilía sobre san Mateo, 15, 2. BAC 141, 273

⁵ SAN GRERORIO, Salmo 3, 3.

⁶ OME, doc. 6(3), pág. 38.

⁷ El Libro de oro o La práctica de la Humildad para guiar a la perfección es útil a todos los fieles (Nueva edición, París. Víctor Lecoffre, J. Gabalda, 1917, formato 7,5 cm X 11; 126 páginas). Prólogo: “Este tratadito no es sólo una obra nueva que se ofrece a los fieles; desde hace un siglo se acepta como uno de los mejores tratados sobre la humildad. Cinco o seis ediciones de este librito, publicadas sucesivamente en distintas épocas y casi inmediatamente agotadas, certifican su utilidad.”
(El Libro de oro era uno de los que todos los Hermanos debían llevar al retiro. Regla de 1837, cap. X, art. 5).

⁸ JOSÉ IGNACIO FRANCHI, *Traité de l'Amour du mépris de soi-même*. Lyon, 1803. Al Padre Colin también le gustaba mucho esta obra (cfr. OM 2, doc. 471(2); 550; 726).

⁹ “Encargaron al Padre Champagnat que nos diera unos consejos durante un retiro. Después de un rato de charla... se disculpó porque nos hacía perder el tiempo escuchándole” (OME, doc. 155, pág. 362).

¹⁰ El Padre Terrailon quería dejar su bolso de viaje para no atravesar la ciudad con él... “Déjemelo a mí –dijo el Padre Champagnat que ya llevaba otro mayor–, yo soy un campesino y eso no me preocupa.” Y llevó los dos bolsos (OME, doc. 159, pág. 372).

¹¹ En julio de 1920, el papa Benedicto XV publicaba el decreto de proclamación de la heroicidad de las virtudes del Padre Champagnat. Con este motivo alude “al prodigio de la imagen de la Virgen que apareció, desapareció y volvió finalmente a ser hallada en el lugar que ocupa el edificio del Hermitage” (CSG XIV, pág. 386) (Cfr. OME, doc. 156 (1), pág. 362; AA, págs. 148-149)

¹² Cfr. AA, pág. 115.

¹³ El diminutivo tenía inicialmente un significado social, que contraponía los Hermanos del ámbito rural a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los (Grandes) Hermanos, que enseñaban en las ciudades (cfr. P. Zind NCF, pág. 86). Pero, incluido en el título de la congregación, conserva todo el contenido que aquí se expone.

¹⁴ El Padre Champagnat rara vez utiliza en sus escritos el diminutivo; ordinariamente habla de Hermanos de María.

¹⁵ Consigna muy empleada por el Padre Colin respecto a los Padres Maristas. (La divisa: AMDG et DGM.)

¹⁶ SAN AGUSTÍN, Sermón 99, 6.

¹⁷ Mt 11, 29.

¹⁸ “Empieza inmediatamente a enseñar con el ejemplo lo que luego va a enseñar con la palabra, y a decir: Aprended de mí que soy sencillo y humilde (Mt 11, 29)... Os conjuro, pues, con todas mis fuerzas que no consintáis que modelo tan precioso sea inútil ante vuestros ojos: vaciaos en él, y renovaos en el mismo fondo de vuestra alma” (SAN BERNARDO, Primer sermón del día de Navidad, 1).

¹⁹ Pr 3, 34; Lc 1, 51; 1 P 5, 5; St 4, 6.)

²⁰ Cfr. Testamento Espiritual del Padre Champagnat (OME, doc. 153 (4), página 344).